

EL MANIFIESTO RUSSELL – EINSTEIN

Ante la trágica situación que enfrenta la humanidad, creemos que los científicos deben reunirse en una conferencia, para valorar los peligros crecientes que se desprenden del desarrollo de las armas de destrucción masiva, y para discutir una resolución redactada en el espíritu del borrador que se adjunta a ésta.

No hablamos en esta ocasión como miembros de tal o cual nación, continente o credo, sino como seres humanos, miembros de la especie humana, cuya supervivencia ya está puesta en duda. El mundo se halla lleno de conflictos y, por encima de todos los conflictos menores, está la titánica lucha entre el comunismo y el anticomunismo.

Casi todas las personas políticamente conscientes están sensibilizadas con respecto a alguno de estos conflictos. Pero es necesario que nos desprendamos de percepciones parciales, para considerarnos miembros de una especie biológica que ha tenido una extraordinaria historia y cuya desaparición no es deseada por ninguno de nosotros. (...)

Hemos de aprender a pensar de una nueva forma. Tenemos que aprender a preguntarnos, no qué medidas hay que tomar para que el grupo que preferimos obtenga la victoria militar, porque este tipo de medidas ya no existen, sino qué medidas hay que tomar para prevenir la conflagración militar, cuyo resultado sería desastroso para cualquiera de las partes.

La opinión pública, e incluso muchas personas con puestos de autoridad, no saben aún lo que sería una guerra donde se usaran armas nucleares. Todavía se piensa en términos de destrucción de ciudades. Se entiende que las nuevas bombas son más potentes que las viejas, y que mientras una bomba A pudo destruir Hiroshima, una bomba H podría destruir ciudades tan grandes como Londres, Nueva York o Moscú.

No cabe duda de que una guerra en la que se usaran estas bombas de hidrógeno supondría la destrucción de estas grandes ciudades. Pero esto sería uno de los desastres menores que deberíamos afrontar. Si todos los habitantes de Londres, Nueva York o Moscú fuesen exterminados, el mundo podría, en cuestión de algunos siglos, recuperarse del golpe. Pero sabemos, especialmente tras las pruebas nucleares en el archipiélago de Bikini, que las bombas atómicas pueden extender gradualmente la destrucción sobre un área muy superior a la inicialmente supuesta.

Se sabe de fuentes muy fiables que es perfectamente posible fabricar una bomba que sea unas 2.500 veces más potente que la que destruyó Hiroshima. Tal bomba, si estallara sobre la superficie terrestre o debajo del agua, emitiría partículas radioactivas hacia las capas más altas del aire, que luego descenderían sobre el suelo en forma de lluvia o polvo mortal. Fue precisamente este polvo el que contagió a los pescadores japoneses y a al pesca capturada por ellos.

Lo cierto es que nadie sabe con certeza hasta dónde podría extenderse la difusión de esas mortíferas partículas radioactivas, pero las fuentes más rigurosas son unánimes al afirmar que es muy posible que una guerra a base de bombas H signifique la muerte universal, una muerte que solo sería súbita para una minoría y que para la mayoría restante, representaría una lenta tortura de enfermedades y desintegración. (...)

Hemos comprobado que las personas que más saben son las más pesimistas. Este es pues el interrogante que planteamos, espantoso, terrible e ineludible: ¿desaparecerá la raza humana o la humanidad renunciará a la guerra? Mucha gente no acepta tal alternativa, porque le parece muy difícil que se consiga desterrar la guerra. La supresión de la guerra exigiría desagradables limitaciones de la soberanía nacional. (...) La gente apenas puede imaginarse que ellos mismos individualmente, y las personas a las que quieren, están en inminente peligro de perecer angustiosamente. (...)

Ante nosotros está, si lo escogemos, un continuo progreso en términos de felicidad, conocimiento y sabiduría. ¿Escogeremos la muerte como alternativa, sólo porque somos incapaces de suprimir nuestras querellas? Hacemos, como seres humanos, un llamamiento a los seres humanos: Recuerda que eres humano y olvida el resto. Si los hombres obramos así, se abrirá ante nosotros el camino hacia un nuevo paraíso, en caso contrario, quedará con nosotros el peligro de la muerte universal.

Resolución del Congreso:

Invitamos a este Congreso, a los científicos del mundo y al público en general, a suscribir la siguiente resolución:

"Ante el hecho de que en toda futura guerra mundial se emplearán con certeza las armas nucleares, y de que tales armas amenazan la existencia misma de la humanidad, hacemos un llamamiento a los gobiernos de todo el mundo, para que entiendan, y lo reconozcan públicamente, que sus propósitos ya no pueden lograrse mediante una guerra mundial y, consecuentemente, para que resuelvan por medios pacíficos cualquier contenciosos que exista entre ellos".

- Profesor Bertrand Russell y Profesor Albert Einstein (Premio Nobel de Física)
- Profesor Max Born (Profesor de física teórica en Berlín, Francfort, Göttingen y Edimburgo; premio Nobel de Física)
- Profesor P.W. Bridgman (Profesor de física teórica, Universidad de Harvard; premio Nobel de Física)
- Profesor L. Infeld (Profesor de física teórica de Varsovia)
- Profesor F. Joliot Curie (Profesor de física en el Collège de France; Premio Nobel en química)
- Profesor Linus Pauling (Profesor de química, Instituto de Tecnología de California; premio Nobel de química)
- Profesor Hideki Yukawa (Profesor de física teórica. Universidad de Kyoto; premio Nobel de Física).
- Profesor H.J. Muller (Profesor de zoología en la Universidad de Indiana; premio Nobel en medicina)
- Profesor C.F. Powell (Profesor de medicina en la Universidad de Londres).
- Profesor Joseph Rotblat (Profesor de física en el Hospital St. Bartholomew de la Universidad de Londres)

Hecho público en Londres, el 9 de julio de 1955.

Llamamiento de Estocolmo

"Imagínese la inmensa economía que representaría para todos los pueblos, en primer lugar el cese de la carrera de armamentos, más tarde la supresión de estos, la aceleración de amplios intercambios económicos y todas las realizaciones prodigiosas que proporcionarían una ciencia y una técnica puestas al servicio del hombre.

La admirable serie de descubrimientos científicos iniciados al principio del siglo XX por Henri Becquerel, Pierre y Marie Curie, da como resultado que la especie humana ve cernirse sobre ella la amenaza de destrucción por la bomba de hidrógeno. Esto constituye una advertencia grave para todos y especialmente para los científicos.

Pero los científicos adquieren día a día mayor sentido de su responsabilidad social. No deben permitir que una mala organización social deje que los resultados de sus trabajos se utilicen para fines egoístas o nocivos.

Los científicos y los técnicos no forman parte de una pequeña elite desligada de las contingencias prácticas. Deben, como ciudadanos de la gran comunidad de los trabajadores, militar con estos para asegurar una plena utilización de la ciencia con vistas a la paz y el bienestar de los hombres.

Exigimos la prohibición absoluta de las armas de agresión y exterminación masiva de los pueblos. Exigimos el establecimiento de un riguroso control internacional para asegurar la aplicación de esta medida de prohibición.

Consideraríamos criminal al primer gobierno que utilizara el arma atómica contra otro país cualquiera.

Nosotros, los partidarios de la paz, continuaremos nuestra obra de propagación de la verdad, de llamamiento a la razón y a la acción, sin descuidar ningún factor favorable, venga de donde venga, pero sin ceder a ninguna amenaza, a ningún chantaje.

Queremos que todos los pueblos del mundo puedan beneficiarse en paz de los medios cada vez más poderosos con que todos podemos utilizar las fuerzas de la naturaleza y, si algunos se envanecen de poder y quieren dominar al mundo porque se creen en posesión de los procedimientos más eficaces para la destrucción de la vida, deben saber y persuadirse que la multitud creciente de partidarios de la paz arruinará su criminal empresa y los hará desaparecer para siempre".

Frédéric Joliot Curie (1950)

Adaptado del Llamamiento de Estocolmo contra las armas atómicas. Parte del discurso de apertura de la 3ª sesión del Comité del Congreso Mundial de los partidarios de la Paz, celebrado en Estocolmo en 1950. Varios Autores (1972). Madrid: Anagrama.